

respecto a Willey; se acordó de la triste situación de su desgraciado amigo Leopoldo; de la amarga vida a que estaba condenada la hermosa Elisa, esposa de don Diego; de la pobre mujer a quien Núñez había conocido en casa de doña Anita, y que estaba constituida en institutora de la niñez; de los tormentos que desgarraban el pecho del valeroso Núñez; de las ilusiones de ventura sin cuento que él había acariciado pocos días antes, soñando en gozar de las caricias de la amorosa Luz, y que desaparecieron para no volver jamás; de los proyectos de felicidad trazados para el porvenir, y todas estas ideas juntas, agolpadas a su imaginación y asociadas a la terrible convicción de que nunca sería feliz, le oprimieron horriblemente el pecho.

Rafael, no pudiendo resistir el peso de tantas emociones, levantó la cabeza, miró al cielo con afligidos ojos, juntó las manos en ademán de súplica, y abriendo sus pálidos y secos labios, exclamó con el acento más profundo de dolor:

—¡Dios mío, Dios mío, ten piedad de los que padecen!

Luego llevó la mano a la frente, que la sentía abrasada como si la fiebre volviese a invadirla.

Sacó un pañuelo para secarse algunas lágrimas que se asomaban a sus ojos. Exhaló un suspiro arrancado por el recuerdo de la mujer que amaba. Volvió a inclinar la cabeza sobre el pecho y todo volvió a quedar en el mayor silencio.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

## TERCERA PARTE

### CAPITULO I

#### La maestra de escuela

Mirando a la calle, y encima de la puerta de una casa descascarada y de miserable aspecto, se veía una tabla de tres cuartas de ancho, sobre cuyo fondo negro se leían en letras blancas estas palabras:

*Instituto primario para niñas*

El que mirase desde afuera, no veía otra cosa que un humilde cuarto de adobe que estaba a la entrada, con este letrero: «Casera», y en el fondo, en línea recta, un inculto campo con algunos árboles y verde enramada.

Nada, pues, podía dar a conocer que allí existiese una habitación destinada a la instrucción de la niñez; y digo que nada, porque aunque había una ventana baja con enrejado de madera que daba a la calle, que podía creerse pertenecía al instituto, al acercarse a ella se veía que daba a un miserable cuarto mal envigado, húmedo, oscuro y sin más adorno que una cama con un petate por colchón, varias estampas de santos pegadas en la pared, que servía de cabecera, un candelabro de barro con una flaca vela, colocada en una tablita embutida en uno de los ángulos de la pieza, una desmoronada hornilla en que se cocía un mezquino puchero, y, en un rincón, otro petate que permanecía enrollado.

Sin embargo, si penetraba y pasaba el arruinado portal

que servía de entrada, encontraba a la derecha, una hilera prolongada de cuartos bajos, sombreados por algunos fresnos y álamos blancos.

Enfrente de esta hilera de cuartos, se descubría el costado de una casa alta con una ventana con rejas de hierro, que caía al campo que mediaba entre ella y los primeros.

Por en medio de esta especie de pequeña pradera, cruzaba un pequeño arroyo, a cuyos lados se veían losas colocadas exprofeso para lavar la ropa.

Ocupando el sitio más despejado entre las viviendas y el arroyo, estaban colocadas a trechos largas estacas, sosteniendo, de una a otra, gruesos cordeles, sobre los cuales oscilaban, mecidas por el ligero viento, varias piezas de ropa que se secaban al sol.

Al entrar a este sitio, el ruido denunciaba la escuela.

Y con efecto, encima de la puerta de una de las viviendas, cuya entrada estaba adornada de macetas y de una vistosa enredadera que serpenteaba por el enverjado que en forma de pórtico se ostentaba, se veía un rótulo igual al que estaba puesto hacia la calle.

Pasando este campestre pórtico, se encontraba la pieza destinada a la escuela, donde leían en voz alta, cosa de veinte niñas de pobre traje, que estaban sentadas en cuatro bancas, colocadas una detrás de otra.

En esta pieza todo respiraba aseo. El envigado que formaba el pavimento brillaba como un espejo, y las paredes estaban perfectamente blanqueadas, ostentando en una de ellas un mapa universal, y las otras, varias cartas geográficas de diversas provincias.

En uno de los extremos de este cuarto, y tomando lección de lectura a una niña angelical, cuya belleza contrastaba notablemente con el humilde traje que envolvía sus celestiales formas, se veía una mujer de fisonomía dulce y apacible, respirando benevolencia y caridad, sentada junto a una mesa, sobre la cual se veían algunos libros, un compás, un lápiz, un tintero y una pequeña esfera terrestre.

Sus facciones eran de una perfección extrema y de una gracia y suavidad indecibles; sus negras y hermosas cejas se arqueaban dulcemente haciendo resaltar el blanco mate de una frente purísima y espiritual que revelaba el talento y la modestia; su nariz era de una pureza griega y su preciosa boca de una expresión y atractivo indefinibles; sus grandes y apacibles ojos azules de un mirar dulce y expresivo, se abrían brillantísimos bajo sus prolongadas, finas y negras pestañas que sombreaban con un leve tinte se-

ductor sus delicados párpados; su poética cabeza velada por lindos cabellos castaños, de dorados reflejos, recogidos en gracioso peinado, descansaba airosa sobre una torneada garganta alabastrina, que se elevaba sobre unos hombros redondos y blancos como la nieve; la manga de su vestido, que estaba caída hacia abajo por tener apoyada la cabeza en una de sus manos, y el codo graciosamente descansando en la mesa, dejaba ver un brazo blanco, redondo y de una morbidez extrema; sus manos eran pequeñas y de un cutis suavísimo, y sus pies perfectos y diminutos; su talle era de una elegancia incomparable, y todo su conjunto la realización de una de esas bellezas ideales, que la fecunda imaginación de los poetas nos describen en rima celestial.

Para hermosura tan suprema, preciso hubiera sido un traje riquísimo y vaporoso; pero el que vestía estaba muy distante de aspirar a los honores de ser admirado por su tela.

Era un vestido negro de muselina corriente y de poco precio, el que envolvía sus gallardas formas y velaba su flexible talle.

Sin embargo, lejos de perjudicar y eclipsar la humildad del ropaje su angelical belleza, parecía prestarle más realce y atractivos.

La blancura de sus redondos brazos y de su nevada garganta, suave y tersa como la pluma del cisne, se destacaba de su traje negro, como la plateada luna aparece encima de la obscura nube que velara su disco.

No se podía ver a esta mujer sin sentirse arrastrado hacia ella por una simpatía tierna y agradable que conmovía dulcemente el corazón.

Había en su semblante y en su mirada un no sé qué de melancólico y espiritual, una mezcla de dolor y de resignación, de sentimiento y de tranquilidad, que interesaba profundamente.

Nunca preceptora más hermosa ni que más confianza inspirase a sus tiernas educandas se había presentado a dirigir las nacientes plantas de la sociedad, esas inocentes criaturas que, como las tiernas flores, crecen y se desarrollan con el suave rocío de las máximas morales inculcadas con cariño y amabilidad, o se marchitan y endurecen con el rigor excesivo o la terrible severidad.

Dotada de un talento privilegiado y de un corazón compasivo, sabía que los consejos y las doctrinas deben darse con afabilidad, porque ésta engendra confianza y amor, al paso que la dureza enajena la simpatía, hace odioso al que

nos enseña, y sus máximas, por sanas que sean, se reciben con disgusto.

Era una mujer con todas las cualidades que deben concurrir en una persona que abraza la delicada y honorífica misión de formar el corazón de la niñez; una mujer que sabía que a los niños se les debe tratar con el cuidado que requiere un alma tierna y débil que va a recibir las primeras impresiones. Si el preceptor es humano y le explica con cariño los saludables efectos que trae consigo la práctica de la virtud, el niño va bebiendo poco a poco y con gusto sus máximas, crece practicándolas y acaba por fundar en ellas toda su felicidad. Pero si, por desgracia, el que tiene a cargo su educación es de genio adusto y le reprende con aspereza la más ligera falta, sus palabras darán un resultado contrario al que se ha propuesto, y empezando el niño por temer a maestro tan severo, sigue por despreciar sus doctrinas y acaba por morir para la virtud y por odiarle.

Sucede con la niñez lo que con un enfermo en extremo débil.

Si le asiste un médico entendido que atendiendo a su resistencia física, le receta medicinas suaves, el paciente irá recobrando progresivamente la salud, hasta llegar a verse enteramente restablecido; pero si, por desgracia, tropieza con un empírico, que le receta cosas en extremo fuertes y propias para una naturaleza más robusta, las medicinas destruirán más y más la salud, y, al fin, acabarán con su vida.

Indispensable es por lo mismo, que la persona que se constituye en mentor de la niñez, esté adornada de las bellas dotes que concurrían en la cariñosa mujer que nos ocupa. Dignidad, dulzura, benevolencia en el carácter, claridad, concisión, propiedad en el estilo y cierto candor e ingenuidad naturales, son requisitos indispensables para grabar en los ánimos tiernos y sencillos de los niños las máximas de religión y de justicia. Es necesario anticiparse, por decirlo así, a sus pensamientos, y sorprender felizmente las impresiones que producen en ellos los objetos que les rodean. Entonces el arte y la doctrina caminan unidos a la naturaleza, y entonces la enseñanza produce sus más copiosos resultados.

Hase creído que basta, para constituirse en preceptor, saber leer, escribir y contar, y tener algunos conocimientos de gramática. ¡Cuánto se engañan! El profesorado es una misión sublime, que desempeñó el mismo Jesucristo.

Una moral intachable, una conducta irreprochable, un corazón cariñoso y compasivo, son los requisitos indispensa-

bles que han de concurrir en todo el que tiene a su cargo la enseñanza de la niñez para que el niño, viendo la doctrina en perfecta consonancia y armonía con el ejemplo, beba con gusto las saludables máximas que personas tan benévolas les dictan.

El maestro ha de ser un verdadero amigo de sus tiernos discípulos.

Ha de asociar la corrección con la afabilidad, la justicia con la benevolencia y el castigo con la templanza y la caridad.

Por esto, sin duda, se da en muchas partes el nombre de «amiga» a la escuela de niñas, indicando de esta suerte, que la maestra no debe ser otra cosa que una cariñosa amiga de sus niñas educandas.

Tan recomendables virtudes formaban el carácter esencialmente bondadoso de nuestra nueva preceptora.

Tenía sumo placer en satisfacer a las preguntas de las niñas y en deshacer sus dudas, ilustrando su entendimiento.

La niña que, como hemos dicho, estaba a su lado dando la lección de lectura, y que era una de las hermosas hijas de la desgraciada Elisa, se detuvo, al llegar a un pasaje del libro que leía, y preguntó con la candidez natural de su edad:

—Aquí dice que todos somos hermanos. ¿No tendrá usted la bondad de decirme cómo puede ser esto, cuando unos hombres son negros, otros blancos, otros amarillos, otros mulatos y otros bronceados?

—Con mucho gusto voy, Julita, a satisfacer esa pregunta. Y la niña esperó atentamente a que hablase.

—Dícese que todos somos hermanos—dijo la maestra en voz alta para que las demás educandas escucharan—, porque la raza humana, toda entera, reconoce por origen un solo hombre y una sola mujer, y los novecientos millones de habitantes que componen las tres razas principales, blanca, negra y amarilla, que pueblan el haz de la tierra, a pesar de sus distintos hábitos, idiomas, religiones, costumbres y fisonomías, forman una misma especie, un todo completo, único, homogéneo en procedencia y en naturaleza. El color del rostro, la configuración del cuerpo y otras mil diferencias que se notan entre los habitantes de distintas regiones, provienen de la influencia que ejerce el clima sobre la parte física de la criatura humana. Y es tan cierto lo que acabo de decir, que aun los mismos animales degeneran o ganan en calidad o corpulencia, según la región a que han sido transportados.

»En las frutas, en las plantas y en las flores, se operan cambios altamente sorprendentes en sus propiedades, en su forma y hasta en su color.

»Plantas hay en Europa venenosas, que dejan de serlo al trasplantarlas en la América, y animales inofensivos en los países templados, que son altamente ponzoñosos al pasar a las latitudes abrasadoras.

—Estoy sumamente satisfecha y agradecida por la explicación que se ha dignado usted darme.

—Mi deber y mi mayor satisfacción es comunicar lo poco que sé a mis queridas educandas. Si a alguna le ocurre otra duda, sentiré que no tenga la suficiente confianza para consultarme sobre ella.

—A mí me asalta una—dijo una de las niñas más pobremente vestidas.

—¿Cuál, querida mía?—contestó la maestra con una afección encantadora.

—Usted nos dijo el otro día que el sol está fijo en un punto, y que la tierra es la que anda alrededor de él.

—Es cierto.

—Pues, entonces, ¿cómo dice la lección que estoy leyendo, que Josué detuvo el sol?

—Porque en aquel tiempo se seguía el sistema de Tolomeo, el cual enseñaba que el sol giraba alrededor de la tierra, y Josué, que aunque fuese un buen servidor de Dios, no por eso estaba obligado a saber, con respecto a la rotación de los astros y de los planetas, más de lo que entonces se estudiaba, mandó al astro principal que se detuviese, creyendo que, en efecto, se movía. Y como el Señor lee la intención y la fe de las criaturas, y comprendió que el deseo ardiente de aquel hombre era que se prolongase el día para exterminar a sus enemigos, satisfizo su deseo haciendo que la tierra que corre cuatrocientas ochenta leguas por minuto, suspendiese por unos momentos su curso.

—Ahora lo comprendo fácilmente—dijo la niña.

—Y no podía ser de otra manera—continuó la maestra—; el sol es un millón trescientas noventa y cinco mil trescientas treinta y cuatro veces mayor que la tierra; y es más natural y lógico que los cuerpos pequeños giren alrededor de los inmensamente mayores, que éstos alrededor de aquéllos.

—¿Y está a gran distancia de nosotros?

—A tanto, que si se pudiera tirar un cañonazo desde aquel punto tardaría en llegar la bala hasta la tierra seis años,

pues todo ese tiempo es necesario para correr veintisiete y medio millones de leguas que nos separan del sol.

—Y ¿lo mismo sucede con la luna?

—No; la luna, lejos de ser mayor que la tierra, es cuarenta y nueve veces menor, y sólo hay hasta ella setenta mil leguas de distancia.

—Entonces, las estrellas, que son más pequeñas, deben estar más cerca de nosotros.

—Todo lo contrario; cada una de esas estrellas es mayor que el sol, y si se presentan tan pequeñas a la simple vista, es por la inmensa distancia a que se encuentran; para calcular ésta, bastará decir que la luz, que tarda en andar veintisiete millones y medio de leguas que hay del sol a la tierra, sólo ocho minutos trece segundos, necesita para bajar de la estrella más próxima hasta nosotros, más de tres años, habiendo estrellas que sólo se ven con el telescopio, cuya luz tarda en llegar mil años, existiendo otras, aun más lejanas, que pasarán millones de años para que su luz llegue a la tierra.

—¡Dios mío!—dijo asombrada Julita—. ¡Qué grande debe ser entonces la bóveda del cielo para contener tantas como vemos brillar de noche!

—Esa bóveda es inmensa, hijas mías, pues se calcula que la tachonan setenta y cinco millones de estrellas que equivalen en magnitud a otros tantos mundos, de los cuales el más pequeño es un millón trescientas noventa y cinco mil trescientas treinta y cuatro veces más grande que el que habitamos.

El toque de las doce vino a interrumpir aquel diálogo y a poner a las niñas en movimiento.

Era la hora en que terminaba la clase.

Algunas educandas, después de recoger sus libros y sus labores, empezaron a salir.

En aquel momento una mujer que había permanecido por largo tiempo detrás de la alta ventana enrejada de la casa, cuyo costado hemos dicho que daba hacia el campo, asomó el rostro entre las rejillas como tratando de sacar la cabeza por ellas.

Parecía que tenía un notable afán porque se fijaran en ella las miradas de aquellas inocentes criaturas.

Pero había una distancia considerable; la ventana era chica y se encontraba muy alta, y, además, las niñas estaban muy entretenidas para ocuparse de dirigir la vista hacia aquel punto.

En vano la mujer se afanaba por ser vista. La aflicción, al notar que nadie fijaba su atención en ella, era indecible.

Varias veces se propuso llamarlas; pero otras tantas volvió la cabeza al interior del cuarto, sin desplegar los labios, temiendo que alguno de la casa la oyese.

Quería y no se atrevía a llamar.

Procuraba llamar la atención permaneciendo en la ventana y nadie alzaba los ojos a verla.

Esto parecía afligirla sobremanera.

Las niñas se fueron alejando una después de otra, sin que alzarán siquiera los ojos hacia la ventana.

Sólo quedaban por salir las lindas hijas de la desventurada Elisa y otras dos educandas.

La mujer permaneció detrás de la reja inquieta y afligida.

Cada una de las últimas niñas que salían era el objeto cuya atención procuraba llamar con sus movimientos.

Pero todo era en vano. Las últimas, lo mismo que las primeras, no dirigían la vista a la ventana, y cada vez que la afligida mujer veía desaparecer una de aquellas alegres criaturas, que se alejaban saltando y riendo, elevaba los ojos arrasados en lágrimas al cielo con la resignación de una santa.

Todas se habían marchado ya.

Julita y su querida hermana acababan de entrar en la habitación contigua en que vivían, sin que notasen la más mínima cosa.

La infeliz mujer, al ver que nadie quedaba ya en la escuela, perdió la esperanza de ser vista, exhaló un profundo suspiro, y se preparaba a abandonar la ventana con el alma desgarrada por la amargura, cuando se fijaron sus ojos en un joven de elegante porte que llamaba a la puerta del instituto.

Era Núñez.

La alegría y la ansiedad se pintaron de repente en el semblante de la que inútilmente había esperado hasta entonces que reparasen en ella.

El corazón le saltaba y parecía que se le iba a salir del pecho.

Quiso llamarle; pero se detuvo mirando otra vez hacia el interior del cuarto.

Núñez volvió la cabeza mientras se presentaban a saber quién llamaba, y dirigió la vista hacia los objetos que se encontraban esparcidos en aquella pequeña pradera.

La mujer de la ventana, creyendo próxima la realización

de su deseo, sacó un brazo blanco redondo y bien formado por entre las rejas, haciendo señas de que se acercara.

El joven, que nada había visto, pero que seguía recorriendo con la vista cuanto le cercaba, iba a dirigir los ojos hacia aquel sitio, cuando vino a impedirselo la hermosa preceptora, que se presentó en la puerta.

—¿Por qué no pasa usted adelante? Nadie necesita llamar a la puerta para pasar a su casa.

—Mil gracias—dijo Núñez, quitándose el sombrero respetuosamente y entrando a la pieza.

Al verle entrar, la que permanecía detrás de la reja dejó escapar un gemido que casi expiró en sus labios.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!...—exclamó con el acento más profundo de dolor—. ¡Ten compasión de esta desventurada mujer!... ¡Tú que has traído tan cerca de mí al hombre que puede salvarme, haz que sus ojos se fijen en esta desdichada que implora tu piedad!... ¡No me abandones, Padre mío, en estos instantes supremos de la vida!... ¡Líbrame del poder del inicuo que me ha robado la dicha y la tranquilidad purísima del alma!... ¡Del que ha destruído en un momento los miríficos ensueños que halagaron constantemente mi existencia!... ¡El bello ideal de un porvenir lleno de encantos y de poesía, que me brindaba con su amor el mundo!...

Y un raudal de lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Oh!... ¡Si yo pudiese romper los fierros de esta ventana, en cuyo cuarto gimo presa y sin ventura!...—continuó la desdichada—. Pero sus rejas son duras como el corazón de mi atroz verdugo, y se encuentran tan fuertes, como débiles mis brazos...

Y la infeliz hacía esfuerzos inauditos por arrancar aquel funesto enrejado por donde entraba la única luz que bañaba su prisión.

Pero todo era en vano.

La empresa era muy superior a las abatidas fuerzas de la desgraciada mujer.

Pronto conoció su impotencia, y convencida de que nada alcanzaría de aquella manera sino agotar su vigor, remitió a Dios la defensa de su libertad.

Conforme con esta resolución, abandonó su desesperada empresa, y esperó resignada y orando, detrás de la ventana, a que saliera Núñez.

Pero, en tanto que ella aguarda, escuchemos el diálogo que están entregados Núñez y la hermosa preceptora.

—Siempre he creído—decía ésta—, que en medio de la

desmoralización que emponzoña a la sociedad, arrancando del corazón de los individuos la fe y las creencias que han engendrado en todos los siglos rasgos de beneficencia inapreciables, existían hombres altamente generosos que han tenido la dicha de salvarse de la corrupción general, lumbreras honrosas de la humanidad, en quienes se mantiene viva y esplendente la llama de la caridad; pero nunca imaginé que llegaría su filantropía al grado supremo en que usted descuella.

—No hago más que cumplir con un deber social y satisfacer las exigencias de mi corazón.

—¡Ah! Cuántas veces he bendecido la hora en que Dios me condujo a pedir hospitalidad a las puertas de la compasiva casera doña Anita, en que más abandonada me creía de la suerte...

—No menos he bendecido yo, virtuosa Amalia, el instante en que concebí la feliz idea de hacer una visita a esa misma señora, en cuya casa tuve la dicha de conocer a usted.

—Y de compadecerse de mi triste situación; de mi situación, que por usted ha cambiado; por usted a quien le debo todo.

—¡Oh, Amalia! El noble corazón de usted le hace exagerar un hecho bien sencillo sin duda, que lo hubiera practicado cualquiera otra persona que hubiese tenido la dicha de verla a usted antes que yo.

—No, no lo crea usted; y si la Providencia no le hubiera presentado a usted a mi paso para tenderme una mano amiga...

—Le hubiera concedido a otro la dicha que me ha concedido a mí—contestó Núñez, sin dejarle acabar—. Cada criatura tiene su providencia; yo he tenido la mía; otro la tendrá de usted. La misión de cada hombre es ser la «providencia» de otro más desgraciado. Pero todas estas «providencias» no tienen ningún mérito propio; no tienen más que la honra y la felicidad de que Dios, que es la única Providencia eterna, les haya juzgado dignos de la satisfactoria misión de dispensar sus dones.

—Sí, es cierto—contestó la hermosa, con acento dulce y triste—; pero, ¡son tan pocos los que en el mundo se hacen dignos de esa misión, que rara vez las lágrimas del desgraciado encuentran quien las enjague sobre la tierra!

Núñez se conmovió con aquellas palabras.

Ninguno como él, que había sido desgraciado, conocía toda la fuerza de aquella verdad.

Se acordó de que cuando quiso volver a la senda de sus

deberes, de que se había separado para olvidar su amor, no halló en los hombres más que egoísmo y orgullo, y que sólo uno, Leopoldo, se compadeció de sus desgracias y le tendió una mano amiga.

El recuerdo de esta verdad le afectó profundamente, porque le hizo ver la crueldad del mundo para con los desgraciados; pero interesado en que a la noble acción que había practicado con Amalia, no se le diese la más ligera importancia, sino que se la reputase como un rasgo común de los que se practican diariamente en la sociedad, replicó afablemente:

—Si existen, tal vez, algunas personas que puedan ver con criminal indiferencia el llanto y la miseria del triste abandonado por la suerte, son, por fortuna, excepciones que desaparecen entre el considerable número de buenas y compasivas.

—Será así; pero esto, lejos de relevarme del deber y de la satisfacción de agradecerle a usted sus favores, me pone en la grata obligación de apreciarlos, como recibidos de una persona de quien esa eterna Providencia, como antes decimos, se sirve para socorrer al desgraciado.

—Y ¿va en aumento el número de discípulas?—dijo Núñez, tratando de dar a la conversación otro giro que no mortificase su excesiva modestia.

—Todos los días tengo el gusto de que me encomienden la educación de alguna nueva niña.

—Me alegro infinito, porque eso habla muy alto en favor de los adelantos que hallan los padres en sus tiernas hijas.

—Al menos, conocerán que hago cuanto está de mi parte para proporcionarles todos los conocimientos de que son susceptibles en esa tierna edad.

—¿Y usted está contenta de su nueva profesión?

—En extremo. Nada hay para mí más grato que la enseñanza de la niñez; ¡quiero tanto a los niños!... ¡Tienen una alma tan cándida y tan pura!... Ellos me reconcilian con el mundo... Sí, ellos; porque estoy persuadida de que si esas tiernas plantas estuviesen encomendadas a sabios, afables y religiosos cuidadores, crecerían rectamente sin inclinarse hacia el lado del vicio, y la sociedad se regeneraría como por encanto. Las familias más morigeradas son aquellas que han recibido una educación religiosa y moral. Las sociedades más benéficas son aquellas cuyos miembros crecieron practicando los deberes que prescribe la religión; ¿por qué, pues, con los mismos medios y las mismas doctrinas no han de producirse idénticos resultados en la nación,

que no es otra cosa que una gran familia? El día en que los gobiernos vigilen sobre la educación primaria, y el profesorado esté encomendado únicamente a personas de una moral intachable, de un corazón tierno y compasivo, y de sólido saber, a personas dignas, cuyo trabajo esté justamente remunerado, los delitos serán menos, la industria mayor, las naciones podrán disminuir su fuerza de policía y las leyes encontrarán en los ciudadanos sus más fieles observantes. La religión y la moral son los elementos organizadores de toda sociedad; incúlquese estos dos principios en el corazón de los niños; levántense sobre bases tan sólidas las ciencias, y el edificio social, sostenido por tantas fortísimas columnas, cuantos son los ciudadanos, será la imperecedera roca a donde vayan a estrellarse impotentes las olas de las bastardas revoluciones.

—¡Qué excelente madre de familia haría usted, hermosa Amalia!...—dijo Núñez, admirando el recto juicio de su linda interlocutora.

—¡Excelente madre!...—contestó Amalia, estremeciéndose y palideciendo notablemente.

—Quien con tanto acierto sabe dirigir a la niñez, y tiene para todos un corazón noble, tierno y amoroso, no podría menos que ser el modelo de las madres cariñosas.

—Para ser maestra bastan la riqueza intelectual y un corazón bueno y generoso. Para cumplir religiosamente con los deberes de madre, es indispensable contar con los recursos con que pueda proporcionarse el alimento de sus hijos. ¿Qué hace una desgraciada mujer que no tiene que dar pan a sus hambrientas criaturas, que, desfallecidas de necesidad, dirigen sus ojos llorosos pidiendo a la que les dió el sér, el precioso elemento?... ¿Qué hace esa pobre mujer—continuó, conmovida—, que las ve morir de hambre, que no puede socorrerlas por sí misma, y que cada súplica de los hijos de sus entrañas es un dardo agudo que desgarrar su sensible corazón? ¿Les verá expirar resignada?... ¡Ah!... ¡Eso es imposible! Una madre no puede presenciar con santa conformidad la muerte de los objetos más caros para ella... ¡Antes hará el sacrificio inmenso de ponerlos a la puerta de la casa de una familia religiosa y caritativa, que compasiva los recoja!...

Y Amalia volvió a estremecerse al pronunciar estas palabras; sus ojos se llenaron de lágrimas y su pecho se oprimió como si se lo hubieran ceñido con una palanca de hierro.

Núñez leyó en aquellas lágrimas la excesiva sensibilidad

que atesoraba el alma de su interlocutora, y le dijo con el mayor interés:

—Pero ese estado de pobreza que ha trazado usted con enérgicos rasgos, toca en un extremo horrible.

—¿Olvida usted—contestó Amalia, con tristeza—cuál era la situación que yo guardaba hace todavía poco tiempo?... ¿No era la misma que acabo de pintar?... Hambrienta y miserable, ¿no mendigué un rincón en el húmedo cuarto de una infeliz portera?... Si hubiera sido madre, ¿hubiera sido criminal si antes de ver perecer a mis queridos hijos les exponía a las puertas de una familia rica y virtuosa, que les salvase de una horrorosa muerte?

Y las facciones de Amalia se pusieron lívidas y desencajadas, como si realmente le hubiese acontecido la desgracia de abandonar a sus hijos.

Núñez admiró la sensibilidad de aquella simpática mujer a quien afectaba tan profundamente la simple consideración de un acontecimiento lamentable.

—Veo—dijo conmovido el joven, y con acento dulce—que se posee usted vivamente y que toma usted una parte activa en los padecimientos de la humanidad.

—¡He sido tan desgraciada!...—exclamó la hermosa Amalia, enjugándose el llanto—. ¡He sufrido tanto, que la consideración de los padecimientos ajenos despiertan los míos, me presentan el pasado, y me estremezco a mi pesar!... ¡Si usted conociera la historia de mi triste vida, comprendería los poderosos motivos que existen para ello, y me disculparía!

—Me basta, para comprenderlo, comparar la esmerada educación que en usted resalta, con la humilde posición que ocupa.

—Yo le agradezco a usted infinito la delicadeza con que siempre se ha excusado de escuchar la relación de mis desgracias; antes de que me tendiera usted una mano protectora y amiga, tuve empeño en que supiese usted a quién dispensaba sus favores; pero usted quiso ahorrarme la pena de referirlas, y todo ignora usted.

—Menos que es usted la más digna de todas las consideraciones de la sociedad—dijo Núñez, levantándose y tomando el sombrero para salir.

—Mil gracias por la buena opinión que se ha formado usted de mí. Pero, ¿por qué se marcha usted tan pronto?

—El principal objeto de esta visita ha sido poner en manos de usted el título de preceptora que me encargué de recoger para usted, y que tengo el gusto de poner en sus

manos—dijo Núñez, sacando un papel de la cartera, y entregándoselo a Amalia.

—Le vivo a usted muy agradecida por todas sus finezas. Pero, ¿no quiere detenerse otro instante?

—Me quedaría con mucho placer; pero tengo precisión de ver a un amigo que está enfermo, para saber si ha llevado alguna noticia agradable, y que tal vez puede interesar, un tal Willey.

—¡Willey!—exclamó, asombrada, Amalia.

—¡Cómo! ¿Le conoce usted...?

—He oído hablar de él algunas veces—dijo la hermosa, tratando de disimular su sorpresa.

—Pues me interesa saber si le ha llevado a mi enfermo amigo una noticia que le interesa, y por eso me retiro, privándome del placer de disfrutar otro instante más de la grata compañía de usted.

—El placer sería para mí—exclamó Amalia, acompañándole hasta la puerta.

Al llegar a ésta, la mujer que no se había separado de la ventana, recobró la esperanza de ser vista, sacó el brazo por entre las rejas, y empezó a hacer señas con él de que se acercasen.

Núñez se despidió, y echó a andar sin advertir nada.

La prisionera entonces agitó afanosa con su preciosa mano un pañuelo que se quitó del cuello, dejando descubiertos sus blancos y redondos hombros.

De repente, por uno de esos movimientos casuales, Núñez alzó los ojos; pero en el mismo instante que los fijaba en la ventana, la mujer, asustada por el ruido de alguno que abría la puerta de su cuarto, desapareció súbitamente, sin que consiguiera ser vista.

Núñez se alejó.

La ventana quedó desierta.

Y la hermosa Amalia, penetrando en su habitación, y sentándose en una silla, exclamó:

—¡No cabe ya duda! ¡Era Willey el que vi en casa de doña Anita la noche en que ésta me dió hospitalidad en su habitación!...

## CAPITULO II

## ¿Estará loca?

Ningún acontecimiento digno de consignarse en las humildes páginas de nuestra novela histórica había tenido lugar en el resto del día.

Las tiernas educandas volvieron a la escuela sin que se viese en el edificio de enfrente nada que llamase su atención, y salieron a las cinco de la tarde, alegres y contentas, mirando hacia todas partes, sin encontrar cosa alguna que despertase su infantil curiosidad.

A poco, una pintada mariposa a quien iban persiguiendo, se elevó en tortuoso vuelo con dirección a la ventana; los ojos de todas le seguían con infantil afán, al mismo tiempo que tiraban sus pañuelos para cogerla.

El matizado insecto, buscando un refugio, se acercó a las altas rejas para penetrar por ellas a la pieza. Era el momento en que las niñas descubriesen a la que gemía presa; pero nadie se hallaba en aquel momento detrás del enrejado.

La ventana había permanecido solitaria desde que vimos desaparecer de ella, al fin del capítulo anterior, a la afligida mujer que había hecho esfuerzos inauditos por llamar la atención de Núñez.

Casi enfrente de esta ventana, y al lado de la escuela, se encontraba la vivienda de Elisa.

Era una habitación baja, sin escalera, con dos piezas, igual en todo a la que ocupaba Amalia.

Sin embargo, en ella todo respiraba tristeza y necesidad.

Tres sillas ordinarias y en un estado deplorable, y una mesita de blanco pino, sin pintar, era todo el adorno de la pieza que hacía las veces de sala.

En el otro cuarto, que servía de alcoba, se veía una miserable cama ocupando uno de los rincones; y arrimado a uno de los ángulos un colchón envuelto en un raído petate, que era el lecho de la bella Julita y su linda hermana.

El juego, ese devorador de la tranquilidad del hombre y de su fortuna, había llevado la ruina, la miseria, el llan-